

LA SEMANA SANTA

Domingo de Ramos

Hace una semana que pasamos la mitad de nuestros días en San Pedro. Miramos una ceremonia y nos sentamos afuera en las gradas; la plaza, encerrada entre columnatas, manchada por puntos humanos que se mueven, atravesada por procesiones mudas, es por sí sola un espectáculo. En la plaza, y con el más bello sol entre los blancos penachos de aguas de las fuentes, se ven las procesiones que suben, monjes con capuces morados, rojos ó negros; huérfanos asilados, alumnos de los seminarios, una multitud abigarrada de visitantes, de mujeres tocadas de negro, de soldados y de otras muchas gentes, multitud que se cruza y ondula sin cesar. Las carrozas de los *monsignori* llegan una á una con su decoración de cocheros y de lacayos galoneados; van tres en la trasera, dos adheridos al coche y el otro á los dos primeros. Estos criados son preciosos: vedlos en los cuadros de Heilbuth, ufanos y tranquilos, con libreas nuevas que tienen el aspecto un tanto viejo, ó viejas que lo tienen de nuevo; son medio bedeles, medio lacayos, orgullosos de cepillar la sotana de un Papa posible y que están más

cerca del cielo que los otros hombres, convencidos de que su alma es un poco santa, y con todo, ahorrándose la tela de sus pantalones. Cuanto á los prelados, sus rostros son muy finos, no con esa finura parisiense que consiste en decir bellas palabras, sino con la finura eclesiástica é italiana, que es la de los diplomáticos y los procuradores, gente habituada á contenerse, á vivir siempre con precaución, á no darse prisa jamás. Sobre las gradas duermen los paisanos: no hay que acercarse á ellos; el olor que exhalan os llega pronto á la nariz; no se lavan, nunca están limpios y huelen á bestia salvaje. Alrededor, en los balcones, en los umbrales de las puertas se ve una multitud de modistillas romanas con los cabellos negros suavemente ondeados y levantados hacia atrás, con los labios delgados, los rasgos correctos y francamente recortados, la barba fuerte, la mirada fija. A veces, por una sucia y sórdida ventana, asoma una de esas bellas y notables cabezas; se la ha visto por la mañana y se la encuentra por la tarde; así pasa ella el día, mirando y siendo mirada.

Para un espíritu religioso, el espectáculo interior en San Pedro no es edificante. Los soldados del Papa, que forman la valla, se vuelven y miran á las mujeres que pasan. Durante toda la misa, el público circula, hablan las gentes en voz baja y aun á media voz. Como no hay bancos ni sillas, intentan sentarse entre los pilares ó se apoyan ahora sobre un pie, luego sobre otro; algunos dormitan. Se oye por todas partes un largo murmullo, y se ve un continuo va y ven como en un mercado. Se empina uno sobre la punta de los pies y ve pasar á los suizos del Papa, que llevan gorguera, el uniforme abigarrado y las partesanas

del siglo XVI; después los alguaciles con capa corta española, la cadena de oro y también la gorruera del tiempo de Felipe II. Por fin, la procesión desfila. Cada personaje blanco representa un apóstol y lleva una varita floreada de amarillo que figura una rama de boj; otros van vestidos de negro, otros de morado, otros de rojo: los últimos son los obispos, muy lucidos, con sus capas de damasco; algunos sonríen mirando á la gente ó hablando entre sí. En el fondo de la iglesia, detrás del gran tabernáculo de bronce, se mezclan las genuflexiones, las posturas y los ademanes, todos los restos de las antiguas ceremonias simbólicas, tan poco apropiadas al tiempo presente. A los lados, en los dos grandes estrados, las mujeres vestidas de negro con su velo á la cabeza y su *murray* en la mano, miran á todas partes con los impertinentes.

Se queja la gente de que la ceremonia sea incompleta. El Papa tiene en las piernas una erisipela que ha empezado á brotar y arrojar bastante agua; es casi seguro que no podrá officiar en la Pascua; entre el público se oyen detalles de la dolencia. No es que sienta alguien el menor interés ó simpatía; para este público todo se reduce á que falta el primer actor y su ausencia estropea la representación. Habla la gente, unos á otros se saludan y casi todos se pasean como en el *foyer* de la ópera. He aquí lo que resta de las gloriosas pompas que en tiempo de Bonifacio VIII atraían á los peregrinos por cientos de millares: una decoración que no pasa de ser decoración; una ceremonia vacía; un objeto de estudio para los arqueólogos, ó de cuadro para los artistas, de curiosidad para los mundanos; un montón de ritualidades, al que todos los siglos han aportado

su parte, parecido á esta misma ciudad, donde la fe viva y la emoción espontánea del corazón no encuentran el objeto que les corresponde, pero donde se reúnen los pintores, los anticuarios y los viajeros curiosos.

Desde el punto de vista pintoresco, el efecto es muy distinto. Así, llena y medida por la multitud, la Iglesia parece colosal. Este hormiguero de pueblo que se agita y ondula incesantemente, la hace viviente como un cuadro. Las grandes caídas de luz que descienden de la cúpula, forman acá y allá, entre los mármoles, á manera de lluvia de rayos y de blancuras desvanecedoras. El gran tabernáculo (*baldchino*), que retuerce en espiral sus columnas salomónicas amarillas entre nubes de incienso, la armonía vaga de los cantos suavizados por la distancia, la magnificencia de las decoraciones y de los mármoles, el pueblo de estatuas que se agita indistintamente en la sombra, el conjunto y el acorde de tantas formas monumentales y de tantas curvas grandiosas, todo concurre á hacer de esta fiesta un canto de triunfo y de regocijo. Quería yo escuchar aquí la plegaria del *Moisés*, de Rossini, ejecutada por trescientos cantores y una gran orquesta.

Miércoles.-- Miserere en la Sixtina

Tres horas de pie: así están todos los hombres. Las dos primeras horas se pasan, y algunos ya no aguantan más y se marchan. Todos los cuerpos están apretados como en una prensa. Los rostros amarillean, enrojecen y se desfigu-

ran; se piensa en los condenados de Miguel Ángel. Los pies se apoyan á ratos en las pantorri-llas, los muslos parecen meterse en las caderas, los riñones se encorvan; ¡feliz el que encuentra una columna donde apoyarse! Muchos tratan de desplegar su pañuelo para limpiarse el sudor de la frente, otros intentan inútilmente resguardar su sombrero. No se ve más que un bosque de cabezas. La multitud está aglomerada á la puerta, y de tiempo en tiempo un personaje oficial se introduce no sin trabajo, gracias á las espaldas de los acólitos, como se clava una flecha en un trozo de madera. Bajo las tribunas de la entrada, en una especie de caja, las damas se sientan sobre sus talones y aspiran vinagre. Acá y allá, suizos con penacho blanco y en traje de ópera, aprovechan sus anchos pies y se apoyan en sus alabardas. El susurro monótono de la salmodia sigue, pasa, vuelve siempre á empezar.

Esto no impide que las figuras de Miguel Ángel parezcan gigantes y héroes. ¡Ah, si pudiera yo recostarme sobre la espalda para mirar á los profetas! ¡Qué atrevidos troncos! ¡Qué magníficos cuerpos primitivos los de aquel Adán y aquella Eva! Y este terrible Cristo del *Juicio*, ¡qué Apolo vengador! ¡qué sublime Júpiter Tonante! ¡Con qué gesto de campeón vencedor abrumba los cuerpos de sus enemigos precipitados al infierno! Aquí todo proviene de lo antiguo. Cuando Bramante concibió esta iglesia de San Pedro, tomó sus ideas del Panteón y de la basílica de Constantino: las dos edades se reconcilian.

Por fin se oye el *kyrie*, después el *miserere*. Esto vale todos los dolores de rodillas y de riñones que hemos sufrido. La extrañeza que produce es extremada: hay acordes prolongados que

parecen falsos y extienden el oído con una sensación parecida á la que deja en la boca un fruto ácido. Nada de canto neto y de melodía medida; todo son mezclas y cruzamientos, largas notas sostenidas, notas vagas y quejumbrosas que se parecen á las dulzuras de un arpa eólica, á los lamentos agudos del tiempo en los árboles, á los innumerables ruidos dolorosos y encantadores del campo. Nada más original y más grande; la edad musical que ha hecho tal obra está separada de la nuestra por un abismo. Esta música es infinitamente conmovedora, mucho más triste que ninguna otra composición moderna; parece salir de un alma femenina y religiosa. Habría podido escribirse allá en cualquier convento perdido en el fondo de una soledad, después de largos sueños vagos, entre los choques y los suspiros del viento que llora cantando alrededor de las rocas. A toda costa es necesario escuchar el *miserere* de mañana. Se ejecutan dos; el uno es de Palestrina, el otro de Allegri. ¡Qué multitud de sentimientos desconocidos y profundos! He ahí, pues, la música de la restauración católica, tal como el espíritu nuevo la encontró rehaciendo la Edad Media.

Jueves

He recorrido ayer noche y esta mañana los dos volúmenes de Baini sobre Palestrina (1). Era un hombre piadoso, amigo de San Felipe Neri, hijo de familia pobre, pobre él toda su vida, vi-

(1) Nació en 1524 y murió en 1594.

viendo de una pensión de seis, después de nueve escudos al mes, faltó siempre de dinero para imprimir sus obras, desgraciado y tierno, habiendo perdido tres hijos que le prometían las más bellas esperanzas, escribiendo sus *lamentaciones* en medio de penas agudas y prolongadas. En este momento, bajo su influencia y la de Gondimel, su maestro, la música sale, medio siglo después que las otras artes, del cenagal de la Edad Media. El canto sacro se había cubierto del moho escolástico, se había herizado de dificultades, de complicaciones y de extravagancias: las notas se escribían con tinta verde cuando adornaban textos que trataban de praderas y de hierbas; eran rojas cuando se trataba de la sangre del sacrificio; negras si la letra versaba sobre el sepulcro ó la muerte: cada parte cantaba palabras distintas y á veces canciones modernas se mezclaban al texto sagrado. El compositor tomaba un aire profano y alegre ó silencioso, *El hombre armado* ó *El amigo Baudichon, señora...*, y sobre él, á fuerza de cuidados y tentativas atrevidas, componía una misa. Pedantismo y licencia; el régimen mecánico de la Edad Media había rebajado y embrollado el espíritu así en música como en literatura, y producía en el siglo XV poetas tan vulgares y ramplones, tan afectados é insulsos como los músicos (1). El sentimiento religioso reapareció protestante con Lutero, católico con el concilio de Trento. A los protestantes les dió la música de los salmos heroicos que cantaban sobre las hogueras y en las batallas Gondimel, un mártir de

(1) Puede leerse á Lidgate, Occlève y Hawes, en Inglaterra; Brandt, en Alemania; Carlos de Orleans y las poesías de Froissant, en Francia.

la Saint-Barthelemy. A los católicos Palestrina, invitado por el Papa, les dió vagas y amplias armonías de sus desolaciones místicas y de las súplicas de un pueblo infantil y triste arrodillado bajo la mano de Dios.

Estos *misereres* quedan fuera, y tal vez más allá de toda la música que he escuchado en mi vida: no se imagina, antes de conocerlos, tanta dulzura y melancolía, tanta singularidad y sublimidad. Tres puntos salientes hay en ellos. Las disonancias se prodigan á veces hasta producir lo que nuestro oído, habituado á las sensaciones agradables, llama hoy notas falsas. Las partes se multiplican extraordinariamente, de manera que el mismo acorde puede encerrar tres ó cuatro consonancias y dos ó tres disonancias, desmembrarse y recomponerse en porciones é incesantemente: á cada instante una voz se destaca en un tema propio, y el haz se esparce tan bien, que la armonía total parece un efecto de la casualidad como el sordo y flotante concierto de los ruidos del campo. El tono continuo es el de una oración estática y plañidera, que persevera ó vuelve sin cansarse nunca alrededor de todo canto simétrico y de todo ritmo vulgar: aspiración infatigable del corazón que gime, que no puede ni quiere reposar más que en Dios, impulsos siempre renovados de almas cautivas, constantemente repelidas hacia la tierra por su peso natal, suspiros prolongados de una infinidad de desgraciados y tiernos amantes que no se cansan jamás de adorar y de implorar. Tan admirable es el espectáculo para los ojos como para los oídos. Los cirios se apagan uno á uno, el vestibulo se obscurece, las grandes figuras de los frescos se mueven tenebrosamente en la sombra. Se dan veinte pasos, y de

pronto se tiene delante la capilla Paulina, brillante como un paraíso angélico de gloria, de luces y de perfumes. Las filas de cirios suben por gradas sobre el altar como un relicario, las arañas descienden abriendo sus arabescos dorados, sus penachos de centellas, sus rosetones de esplendores, sus ramilletes diamantinos, como los pájaros místicos del Dante. Conchas de nácar erizan el santuario con sus blancuras cambiantes; las columnas retuercen sus espirales de azur entre los cuerpos encantadores de los ángeles bajo los vapores en espiral del incienso que humea; un olor embriagante llena el aire. Bernini fué quien dispuso esta fiesta deliciosa, estos desvanecimientos, este arte de hadas: su Santa Teresa en éxtasis de la iglesia de la Victoria, aquí es donde debiera estar.

Entretanto, en San Pedro, entre dos vallas de soldados, se ve desfilar el cortejo que va á celebrar el lavatorio de pies: primero los *monsignor* con su fisonomía espiritual; luego los cardenales vestidos de morado, el solideo rojo en la mano, seguidos de sus acólitos; canónigos vestidos de rojo vivo, y por último los doce apóstoles, vestidos de azul y cubiertos con un birrete blanco muy singular, llevan un ramo en la mano. En otra parte, en un hospital, las damas romanas vestidas de negro, con delantales blancos de religiosas, hacen el mismo oficio. Se recibe á los trescientos ó cuatrocientos paisanos venidos á esta solemnidad; las más altas damas, las princesas, los descalzan, lavan sus pies, vuelven á calzarlos, les dan de comer y luego van á acostarlos. Es un desahogo de la necesidad violeta de emociones y de humillaciones cristianas.

Viernes

Tercer *miserere*, un poco inferior á los precedentes, y por lo demás, hoy la capilla Paulina, no teniendo iluminación, parece ridícula; se ve que las columnas de azur y la mayor parte de los dorados no eran más que engaño de la vista. Los dos últimos frescos de Miguel Angel, San Pedro crucificado y San Pablo echado en tierra, no son más que obras discretas.

En la basilica de San Pedro, un cardenal con bonete rojo coronado de una borla roja y sentado en un sillón sobre cinco gradas, tiene en la mano una varita, con la cual toca la cabeza de los penitentes arrodillados; este golpe da una indulgencia particular. El cardenal tendrá unos sesenta años y es grueso, vestido de morado; su gravedad es admirable; ni un músculo de su rostro se mueve; se le tomaría por un Budha majestuoso y hierático. De tiempo en tiempo pasa un cortejo de capuces negros y se detiene uno á contemplar entre estas figuras de inquisición á algún cardenal de larga cara amarillenta y ojos negros ardientes, especie de Cisneros que ya no tiene empleo posible. En todo el espacio alrededor la multitud se aprieta y ondula; pero la iglesia es tan grande, que todas las conversaciones, todos los pasos se amortiguan y se funden en un vasto murmullo.

Esta de hoy es sin duda una de mis últimas visitas: tratemos de volver á mirar el edificio en conjunto. Gradualmente los ojos se han acostum-

brado; se toma la obra por lo que ella es, tal como la concibieron sus fundadores; se la considera, no desde el punto de vista cristiano, sino á lo artista. Esto no es una iglesia, es un monumento, y ciertamente una obra maestra del hombre.

Esta escalera de la Sixtina, con sus arcos adornados de guirnaldas, su bóveda y el amplio desarrollo de su descenso, es de una grandeza y una proporción incomparables. San Pedro es semejante, adornado, pero sin exceso; grande sin ser enorme, majestuoso sin ser abrumador. Se goza con las curvas sencillas de las bóvedas y de la cúpula, con su amplitud y su solidez, con su riqueza y su fuerza. Los artesones dorados que bordean la bóveda, los ángeles de mármol sentados sobre las curvaturas, el soberbio tabernáculo de bronce, apoyado sobre columnas retorcidas y los pomposos mausoleos de los papas, forman un conjunto único; no se ha ofrecido nunca una fiesta pagana semejante al Dios cristiano.

¿Cuál es el Dios de este templo? En el fondo del ábside, encima del altar mismo, en el sitio donde ordinariamente se pone en todas las iglesias á la Virgen ó á Cristo, está la cátedra de San Pedro; ella es la patrona y la soberana del lugar este. Las palabras oficiales completan la explicación: se llama al Papa *Su Santidad*, *Su Beatitud*, se tiene el aspecto de creer que ya está en el cielo.

Casi todos los mausoleos de los papas son admirables, y sobre todo el de Paulo III, hecho por Della Porta. Dos figuras de Virtudes medio acostadas sobre su tumba, despliegan sus bellos cuerpos en actitudes gallardas; la vieja sueña con una gravedad soberbia y valiente; la joven tiene la rica belleza, la cabeza espiritual y sensual, los cabellos

ondeados y la oreja pequeña de las figuras venecianas. Estaba casi desnuda y se la vistió después; este paso de la escultura natural á la escultura decente, marca el cambio que separa al Renacimiento del jesuitismo (1).

No sé por qué Stendhal alaba tanto el mausoleo de Clemente III, hecho por Canova; no tiene más que figuras de Girodet ó de Guérin, insípidas y en posturas afectadas. Cuanto más un monumento se acerca á nuestro tiempo, más toman sus estatuas una expresión espiritualista y mediatunda: la cabeza lo absorbe todo, el cuerpo se reduce, su vestido llega á ser insignificante y accesorio; considerad alternativamente, por ejemplo, la tumba de Benedicto XIV, muerto en el siglo XVII, y á su lado los mausoleos de Pio VII y de Gregorio XVI. Sobre el primero se sientan y se agitan bellas mujeres aun sanas y fuertes, bien colocadas y de un movimiento vivo; sobre los otros dos las Virtudes son esqueletos cuidadosamente y de propósito raídos, muy vestidos y muy afectados. Acabaremos por no sentir el cuerpo y la forma, sino únicamente el alma y la expresión.

(1) Las quejas lamentosas de un célebre católico francés han producido un recrudecimiento del pudor. Se han gastado 35.000 francos en camisas de chapa metálica para los ángeles y santos.

Domingo de Pascua

El tiempo se ha puesto malo, la lluvia cae á turbiones, pero la multitud lo llena todo, la plaza, las escalinatas y los pórticos, y se engolfa con ruido prolongado en la inmensidad de la basílica.

En este océano humano, lentas ondulaciones se desarrollan y se rompen; delante de la estatua de San Pedro la ola avanza y recula bajo el reflujo de las olas precedentes. Los rozamientos y los amontonamientos aprietan y aflojan á cada instante el desorden móvil de las gentes aglomeradas: una confusión tumultuosa y alborotadora de roces y de palabras circula entre los grandes muros y entre las alturas; encima de esta agitación y este murmullo, se ven las pacíficas redondeces de las bóvedas, el hueco luminoso de las medias naranjas y los pisos de molduras, ornamentos y estatuas que van sobreponiéndose hasta cubrir el abismo circular de la cúpula.

En este mar de cuerpos y de cabezas una doble valla de soldados, de sochantres y de niños de coro, forman como un lecho en donde se desliza pomposamente el cortejo solemne: primero los guardias nobles, rojos y blancos, con el casco en la cabeza; después los camareros vestidos de rojo; detrás los prelados, con ropas color violeta; luego los maestros de ceremonias, con ropillas y mantos negros; en seguida los cardenales, y por último el soberano pontífice llevado por acólitos en reclinador de terciopelo rojo bordado de oro. Va vestido de blanco también bordado de oro y lleva

sobre la cabeza la tiara de oro de tres pisos. Abanicos de pluma de avestruz flotan alrededor de él. Presenta un buen aspecto, parece afectuoso, su bello rostro pálido es el de un enfermo; con pena se supone que debe sufrir en este momento, que su pierna está envuelta con vendajes; dulcemente da la bendición, sonriendo con placidez.

Los cantores y los soldados hablaban alegremente un momento antes de que él pasara: un instante después, habiendo entonado en el ábside una trompeta cierto aire de ópera, se pusieron á tararear al unísono de aquélla; pero las gentes del pueblo, los paisanos que allí había, miraban como si estuvieran viendo al Dios Padre. Hay que ver los rostros de esas gentes, sobre todo ante la estatua de San Pedro. Afluyen alternativamente, sofocándose por besar el pie de bronce, que por eso está ya tan desgastado; lo acarician y pasan por él sus frentes; muchos de ellos para ir allí han tenido que andar á pie diez ó doce millas y no saben dónde dormirán. Algunos, aturdidos por el cambio de aire, duermen de pie sobre un pilar y sus mujeres los sostienen por el brazo. Muchos tienen una cabeza de estatua romana, la frente baja, los rasgos angulosos, el aire sombrío ó duro; otros el semblante regular, la barba amplia, el color bello y caliente, los cabellos naturalmente rizados como en las pinturas del Renacimiento: no es posible imaginar una raza más potente y más inculta. Sus trajes son bastante extraños: viejas casacas con pieles de cabra ó de carnero, polainas de cuero, capas azules cien veces humedecidas por la lluvia, sandalias de piel como en los tiempos primitivos, de todo lo cual sale un olor insupportable. Su mirada es fija, sus ojos brillantes como los de un animal; más brillantes aún y como

salvajes, lucen las de las mujeres, amarillentas y minadas por la fiebre. Llegan aquí tratadas por un miedo vago, parecido al de los antiguos latinos, para no desagradar á una potencia divina desconocida, peligrosa, que á su gusto puede enviar la enfermedad ó el granizo, y besan el dedo del pie de la estatua sagrada de San Pedro con la seriedad de un asiático que lleva su tributo al pachá.

El rumor de la misa se propaga medio perdido á lo lejos, y las grandes formas, envueltas en el incienso, acompañan con su nobleza y su gravedad su misteriosa armonía. ¿Qué señor más poderoso y qué ídolo más espléndido para estos paisanos que el amo de esta iglesia? Para comprender la impresión que los embarga ante estas magnificencias, estos dorados y estos mármoles, pensad en su choza ahumada, en su campiña desolada, en sus ásperas montañas abrasadas, en sus lagos negruzcos, en el fuerte calor del estío que produce las fiebres, en los pensamientos sordos, inquietantes, que se agitan en los cerebros de los pastores durante las largas horas solitarias, ó cuando la noche, con su cortejo de formas lúgubres, gravita sobre el suelo. Un cielo enrojecido como el de ayer, al fin de esta llanura lívida y en las obscuridades ahumadas de la noche, hace temblar siempre. El implacable sol del mediodía produce vértigos, lo mismo en un terreno pantanoso que ante la descomposición de una ciénega. Se sabe por los antiguos romanos cuánto dominio tomaba la superstición en el hombre en medio de estas aguas estancadas, estas solfataras esparcidas, estas montañas rotas, estos lagos metálicos, y los paisanos que ahora viven allí no tienen seguramente el espíritu más sano, más cultivado y más seguro que los soldados de Papirio.

Todo el mundo sale de la basilica y espera al Papa, que debe aparecer en el gran balcón de San Pedro y dar la bendición á la multitud. La lluvia redobla su fuerza, y en todo el espacio que la vista distingue, en la plaza, en las calles, sobre las terrazas, la multitud se amontona y hormiguea: hay caballería, infantería, coches, peatones bajo sus paraguas y campesinos chorreando agua bajo sus pieles de cabra. Se agrupan por familias y miran comiendo altramuces; lo que más les asombra son los uniformes y el largo desfile de tropas francesas. Los muchachos, vestidos de pieles de carnero, encaramados en los pilares, parecen potros salvajes.

El balcón permanece vacío; el Papa no ha podido terminar las ceremonias, está muy malo. La multitud se dispersa bajo la lluvia chapoteando barro. Decididamente, el Papa, como dicen las gentes del pueblo, es *jettatore*; tenemos este mal tiempo porque él no ha podido terminar más que una mitad de la ceremonia.

He aquí al cabo de catorce siglos el *final* de la pompa romana: porque este es aún el antiguo imperio romano que hoy sobrevive aquí y se continúa. Se introdujo en la tierra al golpe de la maza de los bárbaros; pero con la renovación universal de las cosas ha reaparecido bajo una forma nueva, espiritual más que temporal. Toda la historia de Italia está compendiada en estas palabras: ha quedado demasiado *latina*. Los hérulos, los ostrogodos, los francos no se afirmaron ó no dominaron en ella; no fué germanizada como el resto de Europa; se encontró en el siglo X poco más ó menos como trescientos años antes de Jesucristo, municipal y no feudal, extraña á esa fidelidad del vasallo y á ese honor del soldado que hacen los

grandes Estados y las pacíficas sociedades modernas, entregada como las ciudades antiguas á los odios mutuos, á las violencias intestinas, á las sediciones republicanas, á las tiranías locales, al derecho de la fuerza, y por consecuencia al reinado de la violencia privada, al olvido del espíritu militar, á la práctica del asesinato. Cuando iba á formarse un centro, el Papa armaba contra él las resistencias municipales: lombardos, Hohenstaufen del Norte, Hohenstaufen del Sur, por el Papa fueron destruidos; el soberano espiritual no podía sufrir á su lado un gran rey lego, y por permanecer siempre independiente, impedía que la nación se hiciera. Por esto en el siglo XVI, mientras en toda la Europa el molde de la sociedad, ampliado y transformado, erigía unas al lado de otras monarquías regulares apoyadas sobre el valor de los súbditos y de los Estados organizados, sostenidos por la práctica de la justicia, la Italia, dispersada en diminutas tiranías, dividida en débiles repúblicas, maleada en sus costumbres y rebajada en sus instintos, se encontró encerrada en las formas estrechas de la civilización antigua, bajo el patronato del César espiritual, que le había impedido hacerse una sin ser él capaz de protegerla, y ella fué por eso invadida, saqueada, repartida y vendida. En este mundo, todo el que es débil viene á ser presa de otro; así que un pueblo adquiere una forma de organización, sus vecinos se ven precisados á imitarle: el que hoy se olvida de fabricar cañones rayados y buques acorazados, será mañana un protegido á quien se desdeña, pasado mañana un escabel que se pisa, al otro día un botín que se come. Si la Italia ha sufrido durante tres siglos la decadencia y la servidumbre, es por no haber sacudido las tradiciones municipales y

romanas. En estos momentos las está sacudiendo: comprende que para mantenerse erguida en presencia de las grandes monarquías militares, debe llegar á ser igualmente una gran monarquía militar; que la vieja forma latina ha causado y prolongado su debilidad; que en el mundo, tal como lo vemos, un conjunto de Estados pequeños bajo las bendiciones y las maniobras de un príncipe cosmopolita, pertenece á los vecinos fuertes que quieran explotarlo ó conquistarlo. Reconoce la Italia igualmente que las dos prerrogativas que constituyen su orgullo son los dos manantiales de donde salió su miseria; que la independencia municipal y la soberanía pontifical, libertadoras en la Edad Media, son perniciosas en los tiempos modernos; que las instituciones que la protegieron contra los invasores del siglo XIII, la entregan á los invasores del siglo XIX; que si no quiere quedar hecha un paseo de ociosos, un espectáculo de curiosos, un seminario de salmistas, un salón de petimetres adamados y una antecámara de parásitos, está obligada á ser un ejército de soldados, una compañía de industriales, un laboratorio de sabios y un pueblo de trabajadores. En esta transformación tan vasta, tiene por estímulos el recuerdo de los males pasados y el contagio de la civilización europea. Esto es mucho, pero ¿será bastante?